

Barrenadores del sistema

Jesús María Aguirre

Han sucedido en Caracas tres acontecimientos culturales especialmente turbulentos: la conferencia de Andrés Boulton sobre su obra prohibida "El orgasmo de Dios", el cine-foro de la UCV en torno a "La hora de los hornos" y dos conferencias —no tan turbulentas— acerca de la "no-violencia".

Puede parecer disparatado el aproximar en un artículo cuestiones tan dispares; pero, a veces, nada hay tan fecundo como un "brain storm" (tormenta cerebral). Desentumece los mecanismos mentales y facilita la comprensión de otras actitudes distintas de las rutinarias de cada quien.

Además, aún no se ha logrado una mesa redonda para poner en confrontación y a nivel de diálogo algunas ideologías que bullen esta temporada en Caracas y que pretenden aportar soluciones para acelerar la salvación latinoamericana.

Tal vez los medios de comunicación pudieran realizar encuentros simultáneos y multilaterales ante la vista del público juez, pero la enajenación de tales medios imposibilita tales encuentros.

Desgraciadamente, los medios tienen ya una ideología unilateralizada e impuesta por el dueño de turno.

Por eso muchas veces no queda sino dar los datos al lector para que él mismo elabore un diálogo personal en su propia mente.

Estas líneas precisamente pretenden realizar un diálogo que no hubo.

"EL ORGASMO DE DIOS"

El día 24 de septiembre, a las 8 p. m., Andrés Boulton disertó en la Galería Juancho Capriles en torno al tema de su libro, recientemente prohibido, "El orgasmo de dios".

A pesar de la exageración publicitaria de "El Mundo", que habló de la asistencia de más de 2.000 personas, donde no había más de 800 personas, se concentró un auditorio relativamente numeroso, supuesto el tamaño reducido de la sala.

Una ojeada por el público revelaba la presencia de un grupo nutrido de jóvenes y parejas vestidos al estilo hippy, al lado de no menos personas maduras y aun viejas.

Andrés Boulton señaló que su libro, escrito desde la pubertad hasta los 22 años, había sido terminado hace cuatro años.

A continuación reseñamos las ideas más llamativas de su exposición.

Su noción vaga e imprecisa de dios —lo escribimos con minúscula para distinguirlo del Dios de la fe cristiana— se acerca a la de una fuerza energética.

Una especie de conjunción o coito de las energías material y espiritual provocaría un orgasmo del que provendrían todas las cosas.

Según él, su "obra radioactiva" trata de acabar los prejuicios y tabúes, sobre todo acerca del sexo, para alentar la humanización del sistema planetario por medio del arte y el estudio de la divinidad.

Su obra es un pot-pourri de astrología panteísta y pansexual, con algunos atisbos literarios salpicados de interjecciones criollas.

Si alguno estuviera realmente interesado en el estilo y las concepciones de Boulton, le aconsejaríamos acudir a un número cualquiera de su revista "Haoma" (revista cultural, fertilidad bimestral), en vez de perder un tiempo precioso leyendo las 300 páginas de su libro indigesto.

"Son siempre los ángeles quienes tienen que pagar los sacrilegios de los egoístas! Una hora en compañía de Beauford vale mil centurias con el Estado o la Iglesia. Pero ya estamos en la estación de las visiones cornucopianas y de la gran dramaturgia. Ya presenciaremos este planeta las nuevas rutas, el panegírico de la brújula,

del sextante, del compás, del alabastro, de la esfera y del timón." (pág. 34)

Después de una serie de cábalas, tras pasear por el cosmorama criollo de Reverón y María Lionza, "la mística india", con su orgía verbal siempre desmesurada, termina: "Habrà pronto, muy pronto, auroras de quimón, nimbos fosforescentes, del-fines paloteados con Parfait Amour Cinzano y Heineken, abluciones histriónicas y espectaculares danzas de vientre. El futuro es para los de respiración branquial, pulmonar y cutánea, como los anfibios. El futuro no lo hallarán excepto en el Shangri-La de la frente triangular. Hail to thee, black gipsy!" (pág. 35)

En su cosmovisión —o si se quiere su cosmoconfusión— se encuentran adquisiciones de astrología, ocultismo, cábala, espiritismo, yoga... combinadas con algunas dosis de Henry, Miler, Teilhard y Marcuse.

Posiblemente, como dijo Alberto Consalvi, "un libro tan caro y tan difícil de leer" hubiera quedado limitado a un círculo muy restringido, a no ser por el escándalo publicitario.

Después del "Ulises" de Joyce, "Lady Chatterly", de Lawrence, o los "Trópicos", de H. Miller, resulta excesivamente difícil abrir caminos nuevos en el campo de los experimentos literarios o de las denuncias contra los tabúes léxicos y semánticos sobre el sexo.

Por eso su obra, desde el punto de vista literario, resulta anacrónica para cualquier medio entendido.

Tal vez su aspecto más positivo se encuentra en la valiente denuncia del sistema represivo mundial que mantiene "un planeta de histéricos".

Andrés Boulton ataca ese sistema que idiotiza al hombre hasta el punto de convertirlo en fervoroso lector del "Insulso Corín Tellado" o el "degenerado Batman".

Como haciendo eco de la tesis marxista de "Eros y Civilización", se pronunció sobre la necesidad de arrancar ese "pavor de crear" engendrado dentro del actual sistema, porque, según él, "crear es adorar al máximo la vida".

"LA HORA DE LOS HORNOS"

La semana anterior a la de la conferencia de Andrés Boulton se celebró en la UCV un foro sobre la película "La hora de los hornos", del argentino Fernando Ezequiel Solanas.

El documental, subtítulo "neocolonialismo y violencia", está dedicado al Ché Guevara y a todos los patriotas que cayeron en la lucha por la liberación latinoamericana.

Comprende trece notas y un prólogo sobre "el en sí" de la situación argentina: la historia, el país, la violencia cotidiana, la ciudad puerto, la oligarquía, el sistema, la violencia política, el neo-racismo, la dependencia, la violencia cultural, los modelos, la guerra ideológica, la opción.

Según el mismo Solanas, esta película "no está destinada a espectadores de cine, sino, ante todo, a los formidables actores de esta gran revolución continental".

La película finaliza con un primerísimo plano fijo del Ché muerto que dura cuatro minutos, como un gran dedo acusador.

En este momento estalló una ovación estruendosa entre los espectadores, en su mayoría estudiantes.

A continuación, tal como se había anunciado, fueron apareciendo para participar en el foro diversos redactores de la revista "Cine al Día". Llegaron poco a poco, a cuenta gotas, Carlos Rebolledo, Oswaldo Capriles, Alfredo Roffé...; mientras pasaba al escenario el director de la Cinemateca Nacional, Rodolfo Izaguirre, se oyó un grito extemporáneo: ¡Muera el IN-CIBA!

Inmediatamente, a pesar de los esfuerzos habilidosos de Oswaldo Capriles por canalizar la discusión, los estudiantes tomaron una actitud agresiva de juicio y ataque inquisitorial frente al grupo de redactores.

Tacharon al grupo como de intelectuales digeridos por el opresor y absorbidos por el gran pozo aséptico que es la cultura del sistema.

Incluso pidieron cuentas a Rodolfo Izaguirre de su conducta en la Cinemateca frente a la orden de retiro de la película, expedida por el Ministerio del Interior.

Por fin, como la obra era —y citaron una frase de Solanas— "un acto para la liberación, una obra inconclusa para incorporar el diálogo de voluntades revolucionarias", exigieron a todos los participantes de la mesa su pronunciamiento a favor o en contra de la OPCION REVOLUCIONARIA que presentaba el film.

Carlos Rebolledo comenzó por abrir la brecha afirmando que, a su juicio, la lucha armada era la única solución frente al imperialismo.

Entonces Oswaldo Capriles, anticipándose a los otros integrantes de la mesa, sugirió que, de continuar el "show", mejor era que de una vez se pararan todos los que estaban de acuerdo con la revolución armada.

Inmediatamente, como unos resortes, sea por convicción o por presión psicológica, se levantaron unas 250 personas de entre unas 300 todavía presentes en el foro.

El acto, tal como querían los estudiantes, había desembocado ya en una guerrilla cinematográfica. Más de cuatro veces diversos estudiantes pisotearon descaradamente el orden de derecho de palabra.

Prescindiendo de estos aspectos anecdóticos, también en este acto la crítica del sistema catalizó todas las preocupaciones. Sólo que esta vez el sistema era llamado "neocolonialismo".

No creemos que el análisis inteligente de Solanas sobre el sistema requiriera esos apoyos brutales de los estudiantes para ser considerado más o menos válido.

Solanas desenmascara lúcidamente la violencia cotidiana que se ejerce sobre el pueblo a través del mantenimiento de la seudopaz, el seudoorden y la seudonormalidad, aunque la opción que presenta sea muy discutible.

Sería injusto invalidar su análisis por el simple hecho de estar presentando con esquemas marxistas-leninistas o proponer una solución subversiva.

Solanas parte del dato evidente del subdesarrollo latinoamericano y las flagrantes injusticias sociales, pero sin convertir nunca su película en un alegato demagógico.

El lente de su cámara, como el de un microscopio, detecta y desmenuza concienzudamente esa red inextricable de hilos que tejen la dependencia latinoamericana hasta convertirla en una guaya irrompible.

Es una autopsia cinematográfica de la inteligencia argentina alienada, de la religión supersticiosa, de la marginación y desprecio de los grupos raciales más auténticamente argentinos, de la dictadura política que pacífica por la violencia.

Las premisas de su argumentación convencen con un gran impacto emocional-racional. Un bombardeo de flashes publicitarios al ritmo del audio con tableteo de metralla plasma sintéticamente toda la tragedia latinoamericana: somos un apéndice del imperialismo y sufrimos una violencia cotidiana y solapada.

La conclusión lógica de la argumentación sería: sólo a través de su rebelión el hombre argentino y latinoamericano pueden recuperar su existencia auténtica.

Para Solanas, esta rebelión debe convertirse en subversión armada contra el sistema existente, hecha la salvedad naturalmente de Cuba.

LOS NO-VIOLENTOS ACTIVOS

Cuando se habla de revolución, algunos no piensan más que en subversión armada.

Sin embargo, hay quienes partiendo de semejantes análisis críticos del sistema, como los de Solanas o Andrés Boulton, llegan a conclusiones distintas. Es la acción de los no-violentos activos.

No se trata de una queja estrambótica y desenfadada a lo Andrés Boulton, ni del grito de guerra a lo Solanas.

Oigamos a alguno de sus promotores.

Casi simultáneamente pasaron por Caracas el abogado Gonzalo Arias, promotor del movimiento español de la no-violencia, y Jean Goes, presidente itinerante del Movimiento Internacional de Reconciliación.

El primero, en el Ateneo; el segundo, en un salón de la parroquia universitaria, disertaron, a mediados de septiembre, sobre el tema: UNA REVOLUCION NO-VIOLENTA.

Siguendo las ideas expuestas por el mismo Jean Goes, este movimiento pretende "atacar la injusticia que se encuentra en la conciencia de los hombres y en las estructuras sociales, con las armas del espíritu que son la verdad y el amor en toda su fuerza. Es un arte de buscar alternativas, de atacar los problemas en su propia raíz, de agredir (de impactar) definitivamente la conciencia del otro."

De esta manera la no-violencia activa engendra los medios más fuertes y constructores contra el mal (social, político, religioso y racial).

Es la ausencia del odio y de la mala voluntad contra todos los hombres, y la presencia de un profundo respeto por el hombre, por su vida y por su dignidad.

Pero lejos de la pasividad adopta una lucha activa utilizando la movilización, los paros, las reuniones de oración, las huelgas, la ocupación de lugares, el boicot, las publicaciones, la desobediencia civil y todo lo que es capaz de inventar para transformar al hombre y las estructuras.

Jean Goes explicó que los teólogos han pretendido siempre justificar dos alternativas frente a la injusticia: la resignación o la violencia, actitudes ambas, según él, anticristianas.

La resignación desemboca en pasividad, y la violencia nunca podrá ligarse con ese mandamiento nuevo y más netamente cristiano del amor al "enemigo".

Para Jean Goes, la opción de Cristo es distinta. Es lo que él llama la no-violencia, y que corresponde al método utilizado por Luther King en Norteamérica en la lucha por la igualdad racial, y por Gandhi en la India en la lucha por la independencia.

En último término, argumenta, la violencia desemboca en una irracionalidad absoluta: el grupo del Pacto de Varsovia posee un potencial bélico como para destruir todo el planeta una vez. El aparato destructivo del grupo occidental es aún más imponente. Sería capaz de liquidar 3 ó 4 planetas humanos.

¿Hasta cuántas veces, se pregunta, debemos ser capaces de destruir la humanidad para mantener la paz? ¿Se puede admitir ese sistema tan absurdo?

Y, sin embargo, añade Jean Goes, el hambre de millones de latinoamericanos es acuciante; les falta trabajo y casa y no reciben su debida participación de las riquezas naturales del país.

Más aún, los procesos democráticos son demasiado lentos, mientras permanecemos en un mundo de violencia, violencia de los que tienen el poder económico, político y aun religioso, violencia de la cultura impuesta.

Por fin señala como solución radical el ataque a la conciencia del hombre. El Evangelio encarna este método. Su valor sigue vigente. Sólo las medias verdades y un pseudoamor diplomático han disuelto su energía.

El sistema opresivo no es una entelequia impersonal, son los hombres que la componen. A ellos, los tiranos y violentos, disfrazados de pacificadores, hay que oponerles toda la agresión y la fuerza de la verdad del espíritu. Porque, en definitiva, una declaración de justicia es una declaración de guerra.

EL DIALOGO QUE NO HUBO

Lo más sorprendente de este encuentro abigarrado es que todos ellos parten de un descontento común, de una experiencia de sistemas deshumanizantes.

Hay casi una comunidad total de apreciaciones a la hora de señalar su descomposición y el dislocamiento existente entre el progreso científico-técnico y las estructuras humanas.

Boulton, en una crítica que recuerda excesivamente a Marcuse, insiste más bien en la alienación y en la estructura represiva: "Por esto, luchar por demoler el muro de los estímulos artificiales y penetrar al despertar de los sentidos es sacudirse de la verdad sistematizada y del estado de normalidad aparente que mantiene al hombre unidimensionalizado provocando su estupidez y mediocridad a través de una sociedad cerrada donde la libertad de la justicia y hasta la paz son estructuras del poder dominante que ultrajan la condición del hombre degradando nuestros pueblos. Si mi preocupación incita a la desalienación, entonces será útil en el fenómeno existencial. Es todo."

Solanas, en cambio, hace especial hincapié en la constatación de la injusticia social, mantenida por una violencia disfrazada de pseudoorden y pseudopaz, pero que en el fondo no es sino el mal del neocolonialismo.

Para Jean Goes, la rebelión es simplemente una reacción vital, no en contra del hombre, pues se trata de salvar a todos los hombres, sino contra toda injusticia o mal, político, social, económico o religioso que fácilmente se filtra en las conciencias y estructuras humanas.

Son tres gritos desesperados de liberación humana con reacciones distintas. Posiblemente el lector esté esperando una definición del artículo frente a estas posiciones. Pero el diálogo sólo surge en el respeto a la opción del otro.

El lector tiene derecho a crear su propia opción, una vez expuestas las diversas alternativas sin un acrecentamiento de prejuicios por parte de un articulista.

Esta confrontación pudiera terminar con las objeciones que se presentaron en los mismos foros de dichos actos.

Un defensor de la violencia (que casualmente estuvo presente en el foro de "La hora de los hornos") preguntó a Andrés Boulton si su postura no era una evasiva frente a la trágica situación latinoamericana y si las generaciones futuras no pedirían el perdón para él y sus seguidores.

Jean Goes, por su parte, cree que no hay un hombre de mente lúcida que crea en la violencia como camino para nada.

Pero hubo quien objetó a Jean Goes que su método se aproximaba a una utopía. Contestó: Para convertirlo en realidad hay que estar dispuesto a ser crucificado como Cristo.